

En la carpeta que conserva la Universidad Católica, al lado de la carta está una ficha pequeña, anotada por el padre Barnola. En la ficha aparecen unas palabras que utilizó doce años más tarde en la iglesia de San Francisco, cuando ofició una misa de conmemoración en el décimo aniversario del fallecimiento de quien lo había escogido como confidente. La frase dice: “Pero lo hubiera avergonzado quedarse callado”.

Mario Briceño Iragorry también escogió al pueblo de su tiempo como confidente, con el propósito de decirle que tenía una historia que le estaban escamoteando y que sus manos habían hecho una faena remota que nadie tenía el derecho a desconocer. Fue un interlocutor escrupuloso, porque hizo un diagnóstico desde la perspectiva de un creador de ideas que no quiso traficar en el mercado de la política. Ofreció las ideas para un designio compartido, mas no para una bandería, ni para un hombre fuerte. Al contrario, suscribió un compromiso con un legado por cuya defensa encabezó una admirable cruzada. Por eso no fue un empleado público más, ni una ficha de partido, ni un propietario rico. La sociedad lo percibió libre de esos lastres y lo recibió como vocero común. Fue un interlocutor incómodo, ciertamente, porque llegó a pensar que la historia de Venezuela tenía un apocalipsis cercano y quiso distribuir los roles antes del juicio final. Tal vez fue un predicador iluso, porque ofreció una fe cívica que no podía salvar a nadie, tan mal como estaban las cosas en su sermón. Quizás fue un investigador parcial, porque arrinconó una parte de esa historia para afirmar la otra antes de que todo terminara, en vez de juntarlas en una sola proeza de seres humanos. Es que fue Ledesma el de su libro memorable, en lucha mortal contra los filisteos domésticos y contra Goliath el de las barras y las estrellas. Como Ledesma, acertó cuando quiso que nos convirtiéramos en personas de honor, leales a unos valores y a la encarnación de esos valores, pero se equivocó cuando juró que a los valores se los tragarían los piratas en el último colorín colorado. No se los tragaron. El edificio tenía bases más sólidas que las advertidas en su rastreo. Quizás el agobio de los tiempos oscuros le impidió ver cómo él era una de ellas, sólida como un roble. Por eso Venezuela sigue su rumbo y llegará a un destino enaltecedor. Pero qué bueno que se equivocara. Así los hombres de la posteridad que todavía confiamos en lo que no ha venido, estamos seguros de que hemos podido persistir en el camino, porque existió un paladín nacido hace cien años que se vio junto con los suyos en la puerta del infierno y se jugó la vida para remachar el candado.

CONDECORACION “ORDEN DEL LIBERTADOR” EN SU GRADO DE COMENDADOR AL HISTORIADOR MIGUEL BATLLORI, S.I. (*)

por Fernando Gerbasí (**)

Hoy nos encontramos aquí reunidos para dar testimonio de reconocimiento a la obra de un gran historiador que ha contribuido, con su trabajo permanente y dedicación a la investigación, al conocimiento de la historia. Con gran complacencia me cabe, como Embajador de Venezuela en Italia, el honor de imponer al Padre Miguel Batllori, en nombre del Presidente de la República, Doctor Rafael Caldera, “La Orden del Libertador” en su grado de Comendador.

Nacido en Barcelona (España), en 1909, desde lo alto de sus 87 años emerge preclara la figura de Miguel Batllori, Licenciado en Filosofía en la Facultad Filosófica de los

(*) Socio Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia en Italia.

(**) Embajador de Venezuela en Italia.

Jesuitas en Cataluña, Licenciado en Teología, en la Facultad de Teología de los Jesuitas de Castilla, Doctor en Historia de la Universidad de Madrid, protagonista de la cultura catalana, española y europea en los más diversos ámbitos de la investigación histórica, de la edad media a la contemporánea, en la que nos ha donado contribuciones originales y decisivas, que se recopilan actualmente en la edición de sus *Obras Completas*, previstas en diecinueve volúmenes, de los cuales hasta hoy se han publicado siete.

La obra del profesor Batllori se ha centrado, desde 1947, en el Instituto Histórico de la Compañía de Jesús en Roma, de la que fuera Director en los años cincuenta, pero debemos recordar y destacar su gran labor pedagógica, pues ha sido igualmente sustancial su actividad como docente en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, en la cual ha sido catedrático, por más de treinta años, formando decenas de jóvenes que han difundido sus enseñanzas en los cinco continentes.

Conocedor atento de América Latina, continente al que viaja por primera vez en 1950, por sus méritos personales ha sido nominado miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela desde 1957, y de las Academias de la Historia de México, Colombia, Perú, Argentina, Paraguay, Puerto Rico, Panamá, El Salvador, Bolivia, Chile y Ecuador.

Sus importantes escritos sobre Hispano América comienzan con el ensayo, que desde entonces se ha convertido en un clásico, sobre *“El Abate Biscardo. Historia y mito de la intervención de los Jesuitas en la Independencia de Hispano América”* (1953), pasando por los dieciocho trabajos recogidos en la obra *“Del descubrimiento a la Independencia”*, publicado en Caracas en 1979, y que incluye un ensayo crítico sobre los proyectos constitucionales de Francisco de Miranda.

Específicamente sobre el pensamiento de El Libertador, Simón Bolívar, el Padre Batllori ha colaborado en la monumental investigación acerca de *“Bolívar y Europa”*, dirigida por el Profesor Alberto Filippi, en la cual ha sintetizado sus investigaciones –y las del Padre Pedro de Leturia– sobre *“Bolívar y la Santa Sede”*, en el primer volumen de esa extensa e importante trilogía, publicada por las Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela, entre 1986 y 1995.

Además de esa dimensión universal propia de Miguel Batllori –que lo acompaña a otros intelectuales españoles de este siglo–, como fueron: Américo Castro, Sánchez Albornoz, Vicent Vives, Bosch Gimpera, Salvador de Madariaga, en él resalta –como lo recordara Gregorio Marañón en su discurso con motivo de la recepción del Padre Batllori en la Real Academia de la Historia de Madrid en 1958– su extraordinaria humanidad y el ejercicio atento y permanente de la tolerancia: cito... “En la intención y en los hechos de los seres humanos, todo puede tener su explicación, sino caemos en el error de creer que la verdad nuestra es la verdad verdadera. Es más fácil morir por una idea que tratar de comprender las ideas de los demás...”. De aquí, concluía Marañón refiriéndose a Batllori que “la calidad más alta del historiador sea la tolerancia”.

Muchísimas, y de gran relevancia, como todos sabemos, las condecoraciones, reconocimientos y doctorados *Honoris Causa*, que resaltan y celebran la personalidad científica de este extraordinario historiador, cuya cultura de dimensiones europea e hispanoamericana honra, lo afirmo sin vacilación alguna, la *Orden del Libertador*.

Señoras y Señores

(Roma, 6 de noviembre de 1996)